

La Isla del Tesoro

Alejandro De-Bernardi



DOLMEN
EDITORIAL

*A Sara, ya que sin ella yo no estaría
ni aquí ni escribiendo dedicatorias en libros.
Y, por supuesto, a Carmen y Alicia, para que
puedan leerlo algún día y, tal vez, soñar con las
mismas aventuras con las que soñó su padre.*

*A Miguel Cane, cuya voz aún resuena
en mi cocina diciéndome: «¡Sí, tío, escríbelo!
¡Escribe!», como si fuera la voz del viejo capitán Flint
gritando «¡piezas de a ocho, piezas de a ocho!»*

*Y, por supuesto, y quizá por encima de todo,
a Robert Louis Stevenson:
PERDÓN*

*John Flint, Billy Bones, 'Long John' Silver,
Pew, Ben Gunn, Israel Hands, George Merry,
Tom Morgan, O'Brien, Ismael, Perro Negro,
Dirk, Johnny, Arrow, Job Anderson*

Quince hombres van en el cofre del muerto.

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!

La bebida y el diablo dieron con el resto.

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!

*Y solo uno vivo, los demás han muerto,
de setenta que eran al zarpar del puerto.*

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!



I

LA POSADA DEL «ALMIRANTE BENBOW»

El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los demás señores me han encargado poner por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, de punta a cabo, sin dejar otra cosa en el tintero que la posición de la isla, y esto porque aún quedan allí riquezas que no han sido recogidas. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 17... y retrocedo hasta el tiempo en que mi padre era el dueño de la posada del «Almirante Benbow», y en que el viejo navegante, de moreno y curtido rostro, cruzado por un sablazo, se acomodó como huésped bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, tal como llegó, con torpe andadura, a la puerta del albergue, y tras él, siguiéndole en una carretilla, un cofre de marinero. Era un hombro alto, recio, pesado, de color de nuez; la coleta embreada le caía sobre los hombros de la casaca azul, cubierta de manchas; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas; y la cuchillada, que cruzaba una de sus mejillas, había



dejado un costurón lívido, de sucia blancura. Paréceme que le estoy viendo mirar en torno de la ensenada, silbando entre dientes, y después tararear aquella antigua canción marinera, que cantaba luego tan a menudo:

*«Quince hombres en el cofre del muerto.
¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!»*

Así fue como comencé mi relato, el que todo el mundo conoce ya de sobras, pues tantas veces ha sido leído y releído por mucha gente en muchos lugares, no solo en mi cercana y querida Bristol. Pero, he de confesar, o realmente, me atrevo a confesar hoy, que no fui sincero al escribirlo. Que, al igual que oculté celosamente la situación de la isla, oculté también una serie de hechos espeluznantes que convirtieron aquella aventura en una de las más aterradoras que haya vivido joven alguno, como yo era entonces.

Y es que lo que para todo el mundo comienza con la llegada a la posada de Billy Bones, a quien nosotros llamábamos «Capitán» y que en realidad era el segundo de a bordo de Flint, y la aparición del mapa de una isla donde se ocultaba un fabuloso tesoro, en realidad se convirtió en una aventura que rozó muchas veces los límites de las pesadillas. Ahora casi hasta sonrío acordándome de los malos sueños que tuve a cuenta del navegante de una sola pierna — Billy Bones me daba una moneda de plata de cuatro peniques el primero de cada mes, «solo por tener el ojo listo y dar-

me aviso tan pronto como veas aparecer un navegante que no tiene más que una sola pierna» —, puesto que demostraron ser bastante más inocentes que los sueños reales que me tocó vivir, junto a mis esforzados compañeros, en aquella extraordinaria singladura en la que nos embarcamos.

Me gustaría poner en antecedentes a quienes tengan olvidada la historia o, aun siendo los menos, a quienes la desconozcan por completo. Y empezaré, como debiera haber hecho desde un principio, por decir mi nombre para aquellos que se acerquen por primera vez a escuchar este relato, que no es otro que el de Jim Hawkins. Que cuando todo empezó era apenas un jovenzuelo que vivía en la posada que regentaban sus padres, donde fue a echar el ancla un viejo marino.

Bebía mucho, apenas cuidaba su aspecto y era hosco y soez en el trato; además, Billy Bones dejó a deber una gran cuenta que mi madre, asustada por su imponente presencia y debilitada por la trágica muerte de mi padre, se negó siempre a reclamarle en vida. De hecho, el poco tiempo que traté a Bones, o al Capitán, como le llamábamos, solo vi a alguien capaz de hacerle frente, ya que el buen doctor Livesey le paró los pies en una ocasión, sin importarle que Bones tuviese su navaja en la mano.

Después de aquello, Billy Bones sufrió un ataque provocado por la bebida y más tarde, apenas repuesto de él, recibió una visita que desencadenó todo cuanto sucedió: lo que ya conté en mi anterior relato y que es lo que todo el mundo conoce, y los extraordinarios hechos que narraré, ahora sí, en este nuevo viaje a la Isla del Te-

soro. Unos hechos que, por su despiadada naturaleza, no quise incluir en un primer momento, inventándome yo mismo lo sucedido o alterando y ocultando algunas partes para no contar al mundo el horror que vimos y, bastantes de nosotros, padecemos. Un horror que aún hoy me persigue en mis noches más agitadas, cuando el viento aúlla y choca contra las ventanas, y que me hace estremecer.

Entonces juzgué conveniente ocultar celosamente cuanto se relacionaba con los zombis y nuestros espeluznantes choques contra ellos, ya que consideré que nadie creería mi relato y que su sola mención me traería más problemas que otra cosa. Además, no estaba en mi ánimo horrorizar a las buenas gentes de Inglaterra, posibles lectores de mi historia, con largas páginas llenas de terror en su estado más puro, ese que emblanquece los cabellos en un instante y hace saltar los corazones; de seres ni vivos ni muertos devorando a piratas sin escrúpulos; de apariciones y demás. Preferí entonces, como digo, ocultarlo, pero ahora, cuando la edad y las enfermedades acercan de manera cierta mi fin, me parece que debo algo a quienes leyeron mi relato y fabularon, tal vez, con vivir algo parecido. Lo más honesto es, quizá, que fabulen sabiendo lo que realmente sucedió y, si tienen coraje para enfrentarse a monstruos sedientos de sangre, que lo hagan. Allá cada cual.

Pero me estoy desviando, estoy divagando por otros mares y adelantando acontecimientos, y no es así como debe contarse esta historia. Me situaba, pues, en la vieja

posada del «Almirante Benbow», cuando sus antiguos compañeros de correrías buscaban a Billy Bones y este, machete en mano, esperaba en una esquina de la posada, frente a un vaso de ron. Haciendo caso omiso a los consejos del doctor Livesey, quien le había advertido que una sola copa de más podía enviarle a la tumba, Billy Bones bebía y esperaba, entonces no sabíamos muy bien qué. Hasta que apareció un anciano ciego, quien, haciéndose primero el desvalido, consiguió que me acercase a él lo suficiente como para agarrarme del brazo y ordenarme que le llevara hasta Billy Bones si no quería que me lo rompiera.

Obedecí, claro, puesto que en aquel momento temía más la ira del ciego que me tenía apresado por el brazo que la de Billy Bones. Y en cuanto ambos estuvieron uno cerca del otro, el viejo le entregó un papel a Bones, un papel manchado de negro por un lado y con una frase — «*Tienes hasta las diez de la noche*» — por el otro. Era la famosa mancha negra, un trocito de papel manchado de tinta que era en realidad una sentencia de muerte para quien lo recibía.

Los acontecimientos, como ya sabrá todo el mundo, se sucedieron a continuación, justo cuando el viejo ciego hubo huido. Billy Bones sufrió de repente un ataque de apoplejía y murió allí mismo, en nuestra posada. Mi madre y yo nos fuimos al caserío vecino en busca de ayuda, pero en cuanto empezamos a contar lo sucedido nadie nos tendió la mano. Hasta tal punto fue la cobardía de aquellas gentes que, cuando mi madre se armó de valor y dijo que ella regresaría a la posada para recu-

perar el dinero que le debían y que pertenecía a su pobre hijo, huérfano de padre, nadie dio un paso adelante. Lo más que conseguimos fue que enviasen a un chico a buscar al magistrado y a gente armada que pudiera acudir en nuestro socorro, y que nos dejaran una pistola cargada por si nos atacaban. ¡Una pistola para una mujer sola y su hijo, contra siete u ocho hombres, tal vez más, armados hasta los dientes y con sed de venganza! Pero así se escribió aquella parte de la historia, en eso no mentí ni oculté nada entonces ni lo hago ahora.

De modo que, reuniendo todo nuestro valor, mi madre y yo regresamos a la posada y, tras vencer no pocos escrúpulos, registramos el cuerpo de Billy Bones, que aún yacía en el suelo, y abrimos su cofre, encontrando en él un saco de monedas de varios países y de valores diferentes — guineas, piezas de a ocho, luises y doblones de oro — y un legajo de papeles envuelto en hule...

Creo que empezaré desde este punto, pues es uno tan bueno como cualquier otro y, además, en él se da el primero de los hechos terribles que vi entonces y que oculté la primera vez que narré estos acontecimientos. Igualmente, colijo que todo el mundo estará ya puesto en situación y sabrá dónde incorporarse al relato del modo que mejor le acomode.

Como recordará quien sepa de lo que le hablo, estábamos en el cuarto de Bones, con mi madre tratando de hacer la cuenta exacta de lo que se le debía, cuando alcanzamos a oír el angustioso «tap, tap, tap» que hacía en el suelo el palo del que se servía el ciego a modo de bastón, aquel viejo al que llamaban Pew. ¡El

ciego! Si él estaba fuera, sus compinches no estarían muy lejos. Los golpes del palo en el suelo y el ruido de la puerta al abrirse fueron demasiado para nuestros nervios, de modo que miré a mi madre y tomándola de las manos le dije:

— Madre, coge todo el saco y vámonos.

Salimos justo a tiempo, ni más pronto ni más tarde, puesto que mientras echábamos a correr en veloz huida, vimos la luz de una linterna agitarse a nuestra espalda y oímos ruidos de gente llegando a la posada. El estruendo de los antiguos camaradas de Billy Bones pronto nos envolvió, justo en el momento en que mi madre estaba a punto de desmayarse. Afortunadamente, habíamos llegado ya al puentecito, poco antes de la cuesta del final del camino, así que la arrastré como pude hasta ocultarla debajo y permanecí agazapado junto a ella, tratando de ocultarnos lo más posible, aunque sabía que bastarían un par de miradas concienzudas para encontrarnos.

Era, sin duda, nuestro fin.

Desde lejos oía las voces de los camaradas de Bones, y a Pew aullando y dando órdenes.

— ¡Abajo la puerta!

— ¡Bill está muerto!

— ¡Regístradlo! ¡Y los demás, arriba, a su cofre!

— Le han dado ya un recorrido, no tiene nada — decía uno.

— ¡Ha sido la gente de la posada! — aulló el viejo ciego —. ¡El chico! ¡Condenado chico, ojalá le hubiera sacado los ojos! ¡Vamos, encontradlos, no pueden estar lejos!

Cuando los hombres empezaban a dispersarse, dejando al viejo Pew junto a la puerta, sonó de pronto un agudo silbido, una señal sin duda, que llegaba de la cuesta del lado del caserío. Uno de ellos se detuvo al oírla, gritando:

— ¡Es Dirk, muchachos! ¡Hay que menearse!

— ¡Menéate tú! — gritó Pew —. Dirk siempre fue un cobarde. ¡Seguid buscando, no pueden estar lejos!

— ¡Que se vayan al diablo, Pew! — gruñó otro —. Tenemos los doblones de Billy. ¡Vámonos!

Aquellas palabras alteraron a Pew de tal manera que se puso a dar golpes en todas direcciones, mientras gritaba que estaban locos y que si se iban a conformar con un puñado de monedas pudiendo tener millones. Aquella trifulca entre rufianes fue nuestra salvación, puesto que al poco sonaron de nuevo dos silbidos y aquel grupo de hombres se desentendió por completo del ciego, emprendiendo la huida por donde más cerca les dictaba su instinto, dispersándose en apenas medio minuto y dejando solo a su camarada en mitad del camino.

— ¡Eh! — llamó Pew, pero esta vez, además de ira, en su voz se distinguía un asomo de temor —. ¡Eh, compañeros! ¡Perro Negro! ¡Johnny! ¿Dirk? — Movía los brazos, como si palpase el terreno frente a él en un vano intento de encontrar a sus compañeros huidos —. Vamos, no vais a abandonar al viejo Pew, ¿verdad, muchachos? ¡Johnny!

Casi al mismo tiempo, el resplandor y la detonación de un pistoletazo surgieron del borde del camino. Un

grupo de cuatro o cinco jinetes coronó la cuesta y, a la luz de la luna, emprendió el descenso hacia la posada en busca de los malhechores, pero en ese momento, el viejo Pew, completamente desorientado, echó a correr tropezando y trastabillando, justo en la dirección equivocada.

El primer jinete trató de salvarle, pero en vano, ya que el caballo arremetió contra el ciego arrojándolo al suelo y pateándolo con sus cascos. Pew quedó inmóvil, justo antes de que el último de los jinetes pasara también por encima de él, revolcándolo y dejándole varios metros más allá de donde había caído.

Gracias a la luz de la luna identifiqué al grupo de jinetes, cinco aduaneros al mando del superintendente Dance, a quienes habían avisado nuestros vecinos del caserío próximo. Salí de nuestro escondite, llamando su atención, y pronto me ayudaron a recoger a mi madre. Tras un breve conciliábulo, Dance decidió que fuéramos todos al caserío para poder atender a mi madre y poner en orden los acontecimientos de aquella noche.

— ¿Y qué hacemos con él? — preguntó uno de los aduaneros, señalando el cuerpo inerte de Pew.

— De momento lo dejaremos ahí, es más importante atender a esta mujer — contestó el superintendente Dance —. Luego enviaremos a recogerlo.

De modo que un jinete cargó con el cuerpo de mi madre mientras yo subía a la grupa tras otro. Y fue entonces, al girar mi cabeza para echar un último vistazo a la posada y al cadáver de Pew, que yacía de costado

en el camino, cuando vi algo que me llenó de horror; tanto, que me fue imposible revelarlo durante mucho tiempo y solo acerté a hacerlo cuando mi vida estaba en juego, mucho más que en aquella noche.

Una sombra se inclinaba sobre Pew. Aunque no lo conocía, supuse que se trataba de Dirk, que era el único de ellos que no se había llegado hasta la posada y que, por lo tanto, no había huido en dirección al mar como los demás. Y cuando iba a dar la señal a los aduaneros de que aún había allí uno de aquellos desalmados, mi corazón se paralizó por completo al ver cómo Dirk se inclinaba sobre el cadáver de Pew, le mordía salvajemente el cuello y arrancaba violentamente un trozo de su carne muerta. Levantándose, Dirk se ayudó de las manos para tragársela allí mismo, bajo la luz de la luna. Pero lo peor fue que, tras comerse aquel trozo de carne, y justo cuando el jinete que me llevaba picaba espuelas y seguía el mismo camino que los demás, ajeno a la horrorosa escena que acababa de producirse, Dirk levantó la cabeza y me vio.


Ahogué un grito de horror porque estaba convencido de que, si abría la boca, mi corazón se escaparía por ella. Dirk levantó una de sus ensangrentadas manos y me señaló con un dedo, apuntándome malignamente, como si me indicara que yo sería el siguiente.

El jinete coronó la cuesta y emprendió el descenso por el otro lado, perdiendo de vista el «Almirante Benbow» y el cadáver, ya mutilado y casi devorado, del ciego Pew.




II

LOS PAPELES DEL CAPITÁN BONES



De que así es como sucedió todo da fe mi anterior relato, calcado aquí punto por punto a excepción del incidente de Dirk y su mirada maléfica hacia mí. Y aunque tuve pesadillas y me costaba cerrar los ojos por la visión terrible de su dedo ensangrentado apuntándome en la oscuridad de la noche, lo cierto es que mi espíritu joven y la emocionante aventura en la que íbamos a embarcarnos contribuyó a dejar caer en el olvido su feroz ataque al cadáver de Pew.

Y es que el legajo de papeles envuelto en hule que me había llevado del cofre de Bones había resultado ser, como descubrimos cuando el caballero Trelawney, el doctor Livesey y yo mismo lo abrimos en casa del primero, un mapa. El mapa de una isla, con latitud y longitud, sondajes, nombres de colinas, bahías y calas, y todos los detalles precisos para llevar a una nave a



seguro fondeadero en sus costas. Tenía unas nueve millas de larga por cinco de ancha y la configuración, pudiera decirse, de un dragón rampante y obeso; y había en ella dos puertos bien abrigados, y en la parte central un monte denominado «El Catalejo». Se veían varias adiciones hechas en fecha posterior; pero, sobre todo, tres cruces en tinta roja: dos en el norte de la isla y una en el suroeste, y junto a esta última, escritas con la misma tinta y con fina letra, muy distinta de los torpes garabatos del Capitán, estas palabras: «*Grueso del tesoro, aquí*».

En el dorso, y con la misma letra, aparecían estos otros datos:

«Árbol alto, lomo de El Catalejo, demorando una cuarta al N de NNE.

Isla del Esqueleto ESE y una cuarta al E.

Diez pies.

El lingote de plata está en escondite norte; puede encontrarse por dirección último montículo, diez brazas sur del peñasco negro que tiene una cara.

Las armas se hallarán en la duna N, punta del Cabo norte de la cala, rumbo E y una cuarta N.

J. F.»

Era sin duda, como enseguida reconoció con grandes voces el caballero Trelawney, el mapa de un tesoro, pero de un tesoro excepcional, puesto que sin duda pertenecía al capitán Flint, un nombre que a mí poco o nada me decía pero que a aquellos más avezados en

viajes de ultramar provocaba hasta escalofríos. Pues se decía que solo su fortuna era mayor que su crueldad.

No perdió tiempo Trelawney en organizar todo lo necesario para emprender el viaje rumbo a aquella isla, dispuesto y entusiasmado como nadie para poder hacerse con el tesoro de Flint.

— Livesey — dijo —, vas a abandonar inmediatamente esa mezquina medicina tuya. Mañana salgo para Bristol. En tres semanas..., dos semanas..., diez días, tendremos el mejor barco, sí, señor, y la primera tripulación de Inglaterra. Hawkins irá como ayuda de cámara, y ¡valiente paje que vas a hacer, Hawkins! Tú, Livesey, médico de a bordo; yo, almirante. Llevaremos con nosotros a Tom, a Redruth, a Joyce y a Hunter. Tendremos vientos propicios, travesía rápida y ninguna dificultad para encontrar el sitio, y después, dinero para comerlo..., para revolcarnos en él..., para jugar con él a las tabas, por siempre jamás.

Livesey sonrió alegremente, aunque con menos vehemencia, también se mostró partícipe y, para gran regocijo mío, me incluyó en su empresa. De modo que me hallaba en puertas de una gran aventura que ni siquiera el fugaz recuerdo de la mano de Dirk señalándome, que se me pasó por la cabeza en un instante como no podía ser menos, pudo reprimir mi alegría.

Cierto es que pasó mucho tiempo desde que todos planeamos aquella emocionante aventura hasta que pudimos dar sus primeros pasos. El doctor se desplazó a Londres en busca de un sustituto que pudiera hacerse cargo de sus enfermos, mientras que Trelawney se

quedó en Bristol más tiempo del que hubiera deseado preparando todo lo necesario para el viaje. Hasta que por fin nos llegó una carta suya en la que nos informaba que ya estaba todo listo y que debíamos acudir con presteza a Bristol.

Al parecer, Trelawney había conseguido una goleta de doscientas toneladas, *La Hispaniola*, muy marinera y bien pertrechada, aunque le había costado más trabajo hallar una tripulación adecuada. Sin embargo, según su carta, haberse topado con un tabernero llamado John Silver, a quien llamaban «Long John» — John «el Largo» —, que había navegado bajo las órdenes del almirante Hawke, había cambiado por completo su fortuna. Ese tal John Silver no solo estaba deseando embarcarse de nuevo como cocinero, sino que además conocía a gente de mar que deambulaba por los muelles de Bristol en busca de una oportunidad de echarse a la vela de nuevo, de manera que Trelawney pudo reunir a una veintena de marinos avezados y capaces de enfrentarse al mar y a los hombres.

Claro que, como no podía ser de otro modo, nada en esta aventura fue como debía ser. Porque si alguien arma un barco, reúne una tripulación y se prepara para zarpar, zarpa normalmente, menos nosotros en este caso. Y esto es así, o mejor dicho fue, porque la víspera de nuestra partida todos mis temores provocados por el amenazador y ensangrentado dedo de Dirk volvieron a manifestarse en toda su crudeza.

Hallábamonos en la posada cercana al puerto donde el caballero Trelawney había tomado aposentos para

todos, rematando los mayores unos tragos de ron que, en mi caso, se habían sustituido por una copa de vino suave. Tras una amena conversación entre el caballero, el doctor Livesey, John Silver y yo mismo, los dos primeros decidieron retirarse prudentemente a sus habitaciones, no sin antes recomendarme a mí hacer lo mismo, habida cuenta de lo que nos esperaba en los siguientes días.

— Pierdan cuidado, caballeros — contestó en mi lugar Silver —, que yo me ocuparé de que nuestro grumete descanse como es debido. Solo un párrafo más y nos iremos como ustedes ahora.

— Confío en ello. Buenas noches — contestó el doctor.

Retiráronse, pues, ambos a la parte de arriba, y mientras yo apagaba velas y luces hasta dejar la sala casi en penumbra, Silver sirvió dos nuevos vasos de ron, aclarándome que si yo era parte de la tripulación, como tal debía portarme en el barco y también en la mesa.

— Y, dígame, señor Hawkins... ¿o quizá Jim? ¿Puedo llamarle Jim, señor Hawkins?

— Naturalmente — respondí, aunque halagado por la deferencia mostrada por Silver.

— Pues Jim, entonces. Dime, Jim, ¿es cierto lo que se rumorea por ahí acerca de nuestro rumbo? — y a continuación me dio parte de la ruta que tan celosamente creíamos haber guardado.

Traté de disimular mi sorpresa al oírlo, pero en vano. De hecho, Silver quiso quitarle importancia al momento, diciendo como con desgana:

—Vamos, Jim, no son necesarios los secretos conmigo... Bien ves, por cierto, que ya lo sabía y que nada he dicho a nadie... salvo a ti, naturalmente, que es como no decirlo, pues sé que no tienes lengua larga.

—¿Y qué si lo fuera? —respondí evasivamente—. A nosotros nos basta seguir el rumbo que nos marquen, ¿no?

—Nos basta, cierto, nos basta. Y nada más debería importarnos, pero me da en la nariz, y es una nariz vieja que ha olfateado todos los mares, Jim, que el viaje puede complicarse más de lo que todos creemos si nuestro destino está allí.

—¿Por qué?

—Malas aguas, Jim, malas aguas... —Silver suspiró y miró rápidamente en todas direcciones, como si temiera algo. Luego se inclinó hacia mí y repitió—: Malas aguas.

—¿Pues qué? —respondí aparentando un valor que no tenía y que se hizo visible en el temblor de mi mano al sujetar el vaso de ron—. El mar está lleno de peligros...

—Pero no como estos, Jim. Los españoles, que ya sabes que son quienes más y mejor han navegado siempre, hablan de unas islas pobladas por extraños seres... una especie de demonios ni vivos ni muertos a los que llaman... zombis.

Me estremecí de arriba abajo, lo confieso, quién no lo hubiera hecho en una posada en penumbra con el recuerdo de un dedo ensangrentado apuntándole directamente al corazón. Silverapuró su ron y me dijo en

voz más alta, como si pretendiera quitarle importancia a lo que él mismo me había dicho:

— Pero también sabes que los españoles beben mucho, ¿verdad? — sonrió y hasta lanzó una carcajada un tanto forzada pero bastante pasable—. ¡Quién no lo sabe! Están todo el día cantando y bebiendo, y en cada región de su país tienen una bebida distinta... Además, siempre volvieron de sus viajes contando extrañas historias encaminadas a que nadie siguiera sus pasos... ¿Recuerdas los monstruos marinos de los mares de hielo? ¡Ellos los inventaron para que nadie siguiera esa ruta! Y los indios feroces, las tormentas, las grandes calmas... Todo, todo lo inventan para dejar a los demás tierra adentro, lejos de sus riquezas. ¡De ley es reconocerles que eso es hasta divertido!

Estalló en una risotada que, de puro contagiosa, me hizo hasta reír a mí también, transformando un momento de terror en un trago compartido con un camarada.

— Ya ves, una travesía placentera se riega con buen vino español, la imaginación de veinte marineros y ¡ea, en todas las islas hay zombis!

Reímos estrepitosamente de nuevo y Silver bebió otro trago, esta vez directamente de la botella y, sonriendo, me dijo:

— Pero es tarde ya. Aunque me duela, porque pocos compañeros de charla he tenido como tú, será mejor que vayas a descansar cuanto antes, que mañana y los siguientes serán días duros. Tiempo tendremos a bordo de repetir estos vasos de ron, ¿no? Cuando acabe la guardia, en la tranquilidad de mi cocina.

—Sí, será lo mejor, se ha hecho tarde —respondí, deseando en realidad abandonar aquella sala y de paso poder liberarme de fantásticos temores—. ¿Y vos?

—No, Jim, me quedaré un rato más. Tiene que venir esta noche un viejo camarada, otro buen marino para *La Hispaniola*, si el capitán y el caballero tienen a bien. Llega con retraso y estoy por mandarle al diablo, pero le esperaré un poco más. El tiempo de una pipa le doy. Una pipa y cerraré yo mismo la puerta en sus narices. Descansad, señor Hawkins, que John Silver hará la primera guardia.

—De acuerdo entonces. Buenas noches, señor Silver.

—Long John, muchacho —me sonrió—. Mis amigos me llaman Long John.

Así que me levanté y me despedí de Silver con el ánimo dándome vueltas entre el miedo al dedo de Dirk y la confianza que parecía depositar en mí el viejo marino, a lo que tenía que sumar los nervios por la emocionante aventura que se presentaba ante mí.

Dejé solo, pues, a Silver y, aunque yo entonces no pude verlo, sí supe exactamente lo que pasó, como lo supimos todos bastante tiempo después de haber vuelto de nuestro extraordinario viaje. Si lo cuento ahora es porque, en el hilo de la historia, es ahora cuando se produce, y servirá para que quien esto lea sepa a qué y a quiénes nos enfrentábamos ya desde antes incluso de zarpar. Decía, pues, que lo que pasó fue que el viejo marino, quizá para despejar los vapores del ron o simplemente para tomar aire fresco además de alcohol, salió de la posada, quedándose en el

umbral con la pipa encendida mientras esperaba por su compañero.

No sé cuánto tiempo estuvo allí realmente, pero no debió de ser mucho, puesto que no terminó su pipa. Más allá de la posada, como a media calle, el marinero que debía ir a su encuentro caminaba con paso lento, el saco al hombro y la mirada recelosa de quien espera un mal encuentro o que, al menos, sabe que lo puede tener en aquellas calles a aquellas horas. Y hacía bien en temerlo, aunque mal en no mirar hacia atrás.

Apoyado en el umbral de la puerta, John Silver lo vio venir. Pero cuando se apartó del quicio para saludarle y guiarlo, se detuvo de inmediato, ya que vio algo más. Vio una monstruosa figura, que en otro tiempo sin duda había sido humana, dar silenciosos saltos de una pared a otra, ocultándose entre las sombras. Silver se pegó de nuevo al muro, y desde allí vio cómo la criatura daba un último salto, más grande que los anteriores, y se abalanzaba sobre el marino.

El desdichado apenas supo lo que le pasaba. Aplastado por el peso y la sorpresa del ataque, cayó de bruces en el suelo y, antes de poder reaccionar, impedido además por su propio saco, el zombi se abalanzó sobre su nuca, mordiéndole con fiereza.

Un alarido inhumano cruzó las calles de Bristol. Un alarido que todos oímos y que, cobardemente, a la vez no quisimos oír. Acostumbrados a reyertas o pensando que las cuitas no iban con nosotros, ninguno de los que estábamos en la posada acudió a socorrer al infeliz, o al menos a ver qué estaba pasando. Ni yo, entonces

poco más que un niño, ni ninguno de los hombres de armas que dormía en la posada, que los había. Tampoco Silver, que era quien estaba más cerca y quien realmente habría tenido alguna oportunidad de ayudarlo.

El zombi estaba a horcajadas sobre el cuerpo del marinero, arrancándole trozos del cuerpo a mordiscos y zarpazos dados con sus manos transformadas casi en garras, como si en vez de hombre fuese un lobo furioso, devorándolo todavía vivo; si no había más gritos era porque, de puro terror, el marino se había desmayado. Oculto en el quicio de la puerta, Silver contemplaba la escena hipnotizado por su crueldad, o quizá, como supimos más tarde, deleitándose con ella.

Cuando al cabo de unos minutos eternos el zombi se levantó y se limpió la boca con los jirones de la manga de su camisa, Silver asomó levemente la cabeza para, sobre todo, ver qué hacía. El zombi estaba de pie, con las piernas separadas y el cadáver parcialmente devorado entre ellas, como si dudara sobre lo que tenía que hacer, pero finalmente escupió algo en el suelo y, tras asegurarse de que nadie le veía, se dio la vuelta y desapareció por donde había venido.

Silver lo vio alejarse y, vaciando su pipa en el suelo, meneó la cabeza, casi con lástima.

— Ay, Dirk, muchacho, en qué te has convertido... Mira para qué te sirvió el oro de Flint, para vagar por Bristol mordiendo cabezas...

Tras asegurarse de que no había nadie en la calle, y sin volver a mirar al que decía que era compañero suyo y que yacía en un mar de sangre y huesos rotos,

Silver entró en la posada, aseguró la puerta, apagó las velas y subió las escaleras camino de su habitación, como si nada hubiese pasado.

Entonces no le di importancia, o no lo recordé, o me dio igual, ya que Billy Bones llevaba muerto varias semanas, pero... Long John tenía una sola pierna.